

# **EL COLONIZADOR Y EL** **COLONIZADO**

*Prefacio e introducción*

*Albert Memmi – 1957*

## Prefacio

Sería falso decir que preví el significado completo de este libro en 1957, cuando lo escribí. Yo había escrito una primera novela, *La estatua de sal*, una historia sobre la vida que fue, en cierto modo, un globo de ensayo para ayudarme a encontrar el sentido de mi propia vida. Sin embargo, se hizo evidente para mí que la vida real para un hombre culto era imposible en el norte de África en ese momento. Luego traté de encontrar otra solución, esta vez a través de los problemas de un matrimonio mixto, pero esta segunda novela, *Extraños*, tampoco me llevó a ninguna parte. Mis esperanzas se basaban en la "pareja", que todavía me parece la felicidad más sólida del hombre y tal vez la única respuesta verdadera a la soledad. Pero descubrí que la pareja no es una entidad aislada, un oasis olvidado de luz en el centro del mundo, por el contrario, todo el mundo está dentro de la pareja. Para mis desafortunados protagonistas, el mundo era el de la colonización. Sentí que para entender el fracaso de su aventura, la de un matrimonio mixto en una colonia, primero tenía que entender al colonizador y al colonizado, tal vez toda la relación colonial y la situación. Todo esto me llevaba lejos de mí y de mis propios problemas, pero la explicación se hizo cada vez más compleja, de modo que sin saber a dónde iba a terminar, tuve que tratar al menos de poner fin a mi propia angustia.

Sería igualmente falso decir que mi ambición en pintar este retrato de una de las mayores opresiones de nuestro tiempo fue la de describir a los pueblos oprimidos en general, ni tan siquiera era mi intención escribir sobre todos los pueblos colonizados. Era tunecino, por tanto colonizado. Descubrí que pocos aspectos de mi vida y mi personalidad no estaban afectados por este hecho. No solo afectaba mis pensamientos, mis pasiones y mi conducta, sino también la conducta de los demás hacia mí. Como un joven estudiante que llega en la Sorbona por primera vez, algunos rumores me molestaban. Como tunecino, ¿estaría autorizado a presentarme a los exámenes de filosofía?, fui a ver al presidente del tribunal examinador; "No es un derecho" explicó, "es una esperanza". Vaciló, un abogado fue en busca de las palabras exactas. "Digamos que es una esperanza colonial." Todavía tengo que entender que es lo que quería decir en realidad, pero no pude conseguir nada más de él. Se puede imaginar con qué serenidad trabajé después de eso.

Por lo tanto, emprendí este inventario de las condiciones de los pueblos colonizados principalmente para entenderme a mí mismo y para identificar mi lugar en la sociedad de los demás hombres. Fueron luego mis lectores -no todos ellos tunecinos - los que posteriormente me convencieron de que este retrato era igualmente el de ellos. Mis viajes y conversaciones, mis reuniones y libros me convencieron, a medida que avanzaba en mi trabajo en el libro, que lo que estaba describiendo era el destino de una enorme multitud de personas a lo largo de todo el mundo. A medida que descubría que todos los pueblos colonizados tienen mucho en común, llegué a la conclusión de que todos los oprimidos son similares en ciertos aspectos. Sin embargo, mientras estaba escribiendo este libro, preferí hacer caso omiso de esas conclusiones que hoy me sostengo, son innegables. Tantas personas diferentes se identificaron en este retrato que se hizo imposible fingir que era solo el mío, o que era solo el de los tunecinos colonizados, o incluso solo de los norteafricanos. Me dijeron que en muchas partes del mundo las policías coloniales confiscaron el libro en células de militantes nacionalistas. Estoy convencido de que no les di nada que no supieran ya, o que no hubieran experimentado ya, pero al reconocer sus propias emociones, su rebelión, sus aspiraciones, supongo que les parecerían más legítimas. Por encima de todo, sea cual sea la veracidad de esta descripción

de nuestra experiencia común, les impactó menos que la coherencia de las ideas que presenté. Cuando la guerra de Argelia estaba a punto de estallar, predije primero a mí mismo y luego a los demás la probable dinámica de los acontecimientos. La relación colonial que había tratado de definir encadenaba al colonizador y al colonizado en una dependencia implacable, moldeó sus caracteres respectivos y dictó su conducta. Así como hubo una lógica evidente en el comportamiento recíproco de los dos socios coloniales, otro mecanismo, que procede del primero, llevaría, yo creía, inexorablemente, a la descomposición de esta dependencia. Los eventos en Argelia confirmaron mi hipótesis; A menudo la he comprobado desde entonces en el estallido de otras situaciones coloniales.

La suma de los acontecimientos por la que había atravesado desde la infancia, a menudo aparentemente incoherentes y contradictorios, comenzaron a caer en patrones dinámicos. ¿Cómo podía el colonizador cuidar de sus trabajadores, al tiempo que disparaba periódicamente sobre muchedumbres de colonizados? ¿Cómo podrían los colonizados negarse tan cruelmente a sí mismos y aún hacer tales demandas? ¿Cómo podía odiar a los colonizadores y a la vez admirarlos con tanta pasión? (Yo también sentí esa admiración a pesar de mí mismo). Necesitaba poner un poco de orden en el caos de mis sentimientos y formar una base para mis acciones futuras. Por temperamento y por educación tenía que hacer esto de una manera disciplinada, siguiendo las consecuencias hasta donde fuera posible. Si yo no hubiera llegado hasta el final, tratando de encontrar la coherencia a todos estos hechos, reconstruirlos en retratos que fueran responsables el uno del otro, no podría haberme convencido a mí y me hubiera quedado insatisfecho con mi esfuerzo. Vi entonces, la ayuda que para los combatientes podía ser la simple y ordenada descripción de su miseria y humillación. Vi cómo de explosiva podía ser la revelación objetiva del colonizado y del colonizador en una condición esencialmente explosiva. Era como si la revelación de la fatalidad de sus respectivos caminos hiciera la lucha aún más necesaria y el retrasar la acción aun más desesperante. Entonces, el libro escapó a mi control.

Tengo que admitir que estaba un poco asustado de mí mismo. Estaba claro que el libro sería utilizado por un grupo bien definido de pueblos colonizados argelinos, marroquíes y del África negra. Pero otros pueblos, subyugados de otras maneras, algunos sudamericanos, japoneses y afroamericanos, interpretaron y usaron el libro. Los últimos en encontrar una similitud con su propia forma de alienación han sido los canadienses franceses. Miré con asombro todo esto, casi como un padre, con una mezcla de orgullo y temor, que observa a su hijo alcanzar una grandiosa y aplaudida fama. Tampoco fue todo este alboroto totalmente beneficioso, ciertas partes del libro de gran importancia para mí fueron oscurecidas, como mi análisis de lo que yo llamo *el complejo de Nerón*, y la del fracaso de la izquierda europea en general, y el Partido Comunista en particular, por haber subestimado el aspecto nacional de la liberación colonial y, sobre todo, la importancia, la riqueza, de la experiencia personal. Por eso continuo, a pesar de todo, pensando que la importancia de este esfuerzo es la modestia y su particularidad inicial. Nada en el texto está inventado o supuesto o incluso peligrosamente transpuesto. Detrás de cada frase se encuentra una experiencia real, coordinada y estilizada. Si al final he consentido a un tono general, es porque sé que puedo, en cada línea, en cada palabra, reproducir innumerables hechos concretos.

He sido criticado por no haber construido mis retratos por completo en torno a una estructura económica, pero siento que he repetido a menudo que la idea de "privilegio" se encuentra en el corazón de la relación colonial y ese privilegio es, sin duda, económico. Quiero aprovechar esta

oportunidad para reafirmar mi posición: para mí el aspecto económico del colonialismo es fundamental. El libro comienza con una denuncia a la llamada misión moral o cultural de la colonización y muestra que el ánimo de lucro está en su núcleo. He señalado con frecuencia que las privaciones de los colonizados son el resultado casi directo de las ventajas garantizadas a los colonizadores. Sin embargo, el privilegio colonial no es solo económico. Observar la vida del colonizador y el colonizado es descubrir rápidamente que la humillación diaria de los colonizados, su sometimiento objetivo, no es meramente económico. Incluso el más pobres de los colonizadores creía ser-y de hecho era-superior a los colonizados. Esto también es parte del privilegio colonial. El descubrimiento marxista de la importancia de la economía en todas las relaciones de opresión no es la cuestión. Esta relación tiene otras características que creo que he descubierto en la relación colonial. Pero, cabe preguntarse, en el análisis final, ¿no tienen estos fenómenos un aspecto económico más o menos oculto? ¿No es la fuerza motivadora de la colonización económica? La respuesta no es ciertamente, es tal vez.

En realidad no sabemos qué es el hombre, o simplemente qué es lo esencial para él, si es dinero o el sexo o el orgullo...¿El psicoanálisis gana al marxismo? ¿Depende de la persona o de la sociedad? En cualquier caso, antes de cuestionar este análisis final, quería mostrar todas las complejidades reales en la vida de los colonizadores y los colonizados. El psicoanálisis y el marxismo no deben, bajo el pretexto de haber descubierto la fuente o una de las principales fuentes de la conducta humana, prever toda experiencia, todo sentimiento, todo sufrimiento, todos los caminos de la conducta humana, y llamarlos afán de lucro o *Complejo de Edipo*.

Presentaré un ejemplo que probablemente vaya en contra de mi causa, pero creo que como escritor tengo que declararlo todo, incluso aquello que puede ser utilizado en mi contra. Mi retrato del colonizado, que es en gran parte el mío propio, es precedido por el retrato del colonizador. ¿Cómo me he permitido, con toda mi preocupación sobre la importancia de la experiencia personal, dibujar un retrato del adversario? He aquí una confesión que nunca he hecho antes: Conozco al colonizador desde dentro casi tan bien como conozco a los colonizados.

Pero debo explicarme: me dije que era un ciudadano tunecino. Como todo tunecinos era tratado como un ciudadano de segunda clase, privado de derechos políticos, se me negaba la admisión a la mayoría de los departamentos de la administración pública, etc. Pero yo no era musulmán. En un país donde muchos grupos, cada uno celoso de su propia fisonomía, vivían puerta con puerta, esto tenía una importancia considerable. La población judía se identificaba tanto con los colonizadores como con los colonizados. Eran sin duda "nativos", como se decía entonces, lo más cerca posible de los musulmanes en la pobreza, el idioma, la sensibilidad, las costumbres, el gusto por la música, los olores y la cocina. Sin embargo, a diferencia de los musulmanes, se esforzaron con pasión por identificarse con los franceses. Para ellos, Occidente era el parangón de la civilización, toda la cultura. El judío le dio feliz la espalda a Oriente. Eligió la lengua francesa, vestido al estilo italiano y adoptando con alegría cada idiosincrasia de los europeos. (Esto, por cierto, es lo que todos colonizados tratar de hacer antes de que pasen a la etapa de la revuelta). Para bien o para mal, el judío se encontró un pequeño nivel por encima de los musulmanes en la pirámide que es la base de toda sociedad colonial. Sus privilegios eran irrisorios, pero fueron suficientes para que se sintiera orgulloso y darle la esperanza de que él no era parte de la masa de los musulmanes que constituían la base de la pirámide. Era suficiente para hacerle sentir en peligro cuando la estructura comenzó a desmoronarse. Los judíos empuñaron las armas codo con codo al lado de los franceses en las calles

de Argel. Mis propias relaciones con mis compañeros judíos no se volvieron más cordiales cuando decidí unirme a los colonizados, pero para mí era necesario denunciar el colonialismo, a pesar de que no era tan duro con los judíos como lo era con otros. Debido a esta ambivalencia conocí muy bien las emociones contradictorias que se mecían sus vidas. ¿No latía mi corazón más rápido a la vista de la banderita en la popa de los barcos que unían Túnez a Marsella?

Todo esto explica por qué el retrato del colonizador era en parte el mío propio proyectado en sentido geométrico. Mi modelo para el retrato del colonizador de buena voluntad fue tomado particularmente de un grupo de profesores de filosofía en Túnez. Su generosidad era incuestionable, igual que, por desgracia, su impotencia, su incapacidad para hacerse oír por cualquier otra persona en la colonia. Sin embargo, fue entre esos hombres donde me sentía más a gusto. Mientras yo estaba virtuosamente ocupado desacreditando los mitos de la colonización, ¿podría complacientemente aprobar los contra mitos inventados por los colonizados? No podía hacer otra cosa que sonreír con mis amigos sobre su absoluta afirmación de que la música andalusí es la más bella del mundo, o que los europeos son fundamentalmente malos (la prueba es que son demasiado duros con sus hijos). Naturalmente, el resultado fue la sospecha por parte de los colonizados. Y esto a pesar de la inmensa buena voluntad de este tipo de colonizador francés y el hecho de que estos franceses ya eran despreciados por el resto de la comunidad francesa. Entendí muy bien sus dificultades, su inevitable ambigüedad y el aislamiento resultante, más grave aún, su incapacidad para actuar. Todo esto era parte de mi propio destino.

¿Quieres que vaya aún más lejos? Aunque no podía justificarlos, entendí hasta a los colonizadores incondicionales del núcleo duro (pies negros) eran más simples en el pensamiento y la acción. Como ya he dicho en repetidas ocasiones, un hombre es el producto de su situación objetiva, por lo que tuve que preguntarme a mí mismo si hubiera condenado la colonización con tanto vigor si me hubiese beneficiado realmente de ella. Espero que sí, pero el haberla sufrido tan sólo un poco menos que el resto me hizo más comprensivo. El *pies negros* más ciegamente testarudo era, en efecto, mi propio hermano. La vida nos ha tratado de forma diferente, era el hijo legítimo de Francia, heredero de los privilegios que defendería a cualquier precio pasase lo que pasase, yo era una especie de mestizo de la colonización, comprendía a todos, porque no pertenecía por completo a ninguno.

Este libro ha causado tanta angustia e ira como entusiasmo. Por un lado, la gente lo vio como una provocación insolente y, por otro, como una bandera a la que seguir. Todos estuvieron de acuerdo en su aspecto militante. Parecía ser un brazo en la guerra contra la colonización, y de hecho se ha convertido en uno. Pero nada me parece más ridículo que jactarse de coraje prestado y hazañas jamás realizadas. He mencionado cómo era relativamente ingenuo cuando escribí este libro. En aquel entonces simplemente quería entender la relación colonial a la que estaba obligado. No estoy diciendo que mi filosofía era ajena a mi búsqueda, a mi ira y, en cierto modo, a toda mi vida. Estoy incondicionalmente en contra de todas las formas de opresión. Para mí, la opresión es la mayor calamidad de la humanidad. Desvía y contamina las mejores energías del hombre, oprimidos y opresores por igual. Porque si la colonización destruye a los colonizados, también pudre al colonizador. Sea como fuere, la provocación no era el objeto de mi trabajo. La eficacia del material vino gratuitamente por la única virtud de la verdad.

Probablemente fue suficiente describir con precisión los hechos de la colonización, la manera en que el colonizador está obligado a actuar, la destrucción lenta e inevitable de los colonizados, para sacar a la luz la maldad absoluta del colonialismo, y, al mismo tiempo, para dar a conocer la inestabilidad fundamental del mismo y predecir su desaparición. Mi único mérito fue haber intentado, más allá de mi propia inquietud, describir un insoportable, y por lo tanto, inaceptable, aspecto de la realidad, que estaba destinada a provocar convulsiones continuas y costosas para todos. En lugar de leer este libro por su contenido escandaloso o como una provocación permanente a la revuelta, espero que el lector examine con calma porqué se llegó a estas conclusiones, conclusiones que siguen siendo alcanzadas de manera espontánea por tantas personas en situaciones similares. ¿No será simplemente porque estos dos retratos son fieles a sus modelos? Ellos no tienen que reconocerse en mi espejo para descubrir por sí mismos el curso de acción más útil en su vida de miseria. Todo el mundo conoce la confusión que aún existe entre el artista y su obra. En lugar irritarse por lo que dicen los escritores, y acusarlos de tratar de crear perturbaciones que ellos tan sólo describen y anuncian, sería mejor escucharlos con más atención y tomar más en serio sus advertencias. ¿No tengo el derecho, después de tantas guerras coloniales desastrosas e inútiles, a pensar que este libro podría haber sido útil tanto para el colonizador como para el colonizado?

A.M.

PARIS, 1965

## Introducción

por Jean-Paul Sartre

Solo el sureño está capacitado para discutir la esclavitud, pues solo él conoce al negro, los norteaños abstractos y puritanos conocen al hombre tan sólo como una entidad. Esta fina línea de razonamiento todavía tiene sus usos: en Houston, en los periódicos de Nueva Orleans, y en la Argelia "francesa, puesto que nosotros somos también norteaños para algunos. Los periódicos allí nos dicen que solo colonizador tiene autoridad para hablar de la colonia.

El resto de nosotros, que viven en la Madre Patria, no tenemos esa experiencia, así que miraremos la tierra ardiente de África a través de sus ojos, que nos acaban de enseñar el humo.

Para aquellos intimidados por esta línea de razonamiento criminal, recomiendo la lectura de *El colonizador y el colonizado*. Aquí, la experiencia es igualada con la experiencia. El autor, un tunecino, habló de su amarga juventud en *La estatua de sal*. Exactamente, ¿quién es? ¿Colonizador o colonizado? Él diría "ninguno", tal vez, diría "ambos", lo que al final viene a ser lo mismo. Pertenece a uno de los grupos nativos, pero no musulmanes que son "más o menos privilegiados en comparación con las masas colonizadas, pero...rechazados...por el grupo colonizador", lo cual sin embargo, "no desalienta por completo" sus esfuerzos por integrarse a la sociedad europea.

Ligado por responsabilidades reales con el subproletariado, pero separado de él por escasos privilegios, los miembros de este grupo viven en un constante estado de intranquilidad. El mismo Memmi ha experimentado una doble responsabilidad, un doble rechazo, en el proceso que pone a colonizadores contra los colonizados, y colonizadores auto-rechazados en contra de colonizadores auto-aceptados. Ha entendido el sistema tan bien porque sentía las contradicciones ante todo como su propia contradicción. Explica muy claramente en el libro que estos desgarramientos del espíritu, claramente introspección de los conflictos sociales, no predisponen al individuo a la acción. Pero el hombre que las sufre, si toma conciencia de sí mismo, puede iluminar a los demás a través de su auto-examen: "Una fuerza insignificante en la confrontación", no representa a nadie, pero puesto que es todo el mundo a la vez, demuestra ser el mejor de los testigos.

Pero el libro de Memmi no es una crónica. El autor puede alimentarse de recuerdos, pero los ha asimilado todos. El libro es más bien la formulación de una experiencia: Atrapado entre la usurpación racista de los colonizadores y la construcción de una futura nación por el colonizado, donde el autor "sospecha no tendrá lugar", intenta vivir su particularidad trascendiendo en dirección de lo universal. La trascendencia no es hacia El Hombre, que todavía no existe, sino a un riguroso razonamiento imponiendo demandas a todo el mundo. Este trabajo lúcido y sobrio puede ser clasificado entre las "geometrías apasionadas", por su calmada objetividad que representa la trascendencia del sufrimiento y la ira.

Esta es sin duda la razón por la que a Memmi podría ser reprochado por su aparente idealismo, de hecho, le cuenta todo. Pero se puede discutir acerca de su método.

Tal vez hubiera sido mejor para mostrar el colonizador y su víctima, ambos estrangulados por el aparato colonial, esa máquina pesada, construida al final del Segundo Imperio y bajo la Tercera República, que ahora, después de satisfacer todas las caprichos de los colonizadores, se vuelve contra ellos y amenazan con aplastarlos. De hecho, el racismo está integrado en el sistema: La

colonia vende productos y materias primas a bajo precio, y compra productos manufacturados a precios muy altos de la Madre Patria. Este singular comercio es rentable para ambas partes solo si la mano de obra nativas trabaja por poco o nada. El subproletariado agrícola colonial ni siquiera puede contar con una alianza con los europeos más desfavorecidos, porque todo el mundo vive de ellos, incluso los "pequeños colonizadores", a quien los grandes propietarios explotan, pero que son privilegiados comparados con los argelinos, el ingreso promedio del argelino francés es diez veces mayor que la del argelino musulmán.

De ahí nace la tensión. Para mantener los salarios y el costo de vida a niveles mínimos, debe haber una gran competencia entre los trabajadores nativos, por lo que la tasa de natalidad debe aumentarse, pero como los recursos del país se destinan a la apropiación colonialista, la calidad de vida del musulmán, los salarios reales, continúan reduciéndose. Así, la población vive en un estado crónico de desnutrición. La conquista se produjo a través de la violencia, y el exceso de explotación y opresión hacen necesaria que la violencia continúe, por lo que el ejército está presente. No habría ninguna contradicción en ello, si el terror reinara en el mundo por todas partes, pero el colonizador disfruta, en la Madre Patria, los derechos democráticos que el sistema colonial niega al nativo colonizado. De hecho, el sistema colonialista favorece el crecimiento de la población para reducir el costo de mano de obra, y prohíbe la asimilación de los indígenas, cuya superioridad numérica, si tuvieran derecho a voto, rompería el sistema. El colonialismo niega los derechos humanos a los seres humanos a los que se ha sometido por la violencia, y los mantiene por la fuerza en un estado de miseria e ignorancia que Marx llamaría acertadamente una condición inhumana. El racismo está arraigado en las acciones, las instituciones y en la naturaleza de los métodos colonialistas de producción e intercambio. Las normas políticas y sociales se refuerzan mutuamente. Dado que el nativo es inhumano, la Declaración de los Derechos Humanos no se le aplica, inversamente, ya que no tiene derechos, se le abandona sin protección a las fuerzas inhumanas traídas con la praxis colonialista, engendradas en cada momento por el aparato colonialista y sostenida por las relaciones de producción que definen dos clases de individuos: uno para quien el privilegio y humanidad son sinónimos, que se convierte en un humano mediante el ejercicio de sus derechos, y el otro, para los que la negación de sus derechos sanciona la miseria, el hambre crónica, la ignorancia, o en general, la "subhumanidad". Siempre he pensado que las ideas toman forma de las cosas y que las ideas que ya están dentro del hombre cuando les despierta y las expresa para aclarar su situación. El "conservadurismo" y el "racismo" del colonizador, sus ambiguas relaciones con la Madre Patria, esas cosas están dadas en primer lugar, antes de que los recrea en *complejos de Nerón*.

Memmi, sin duda, responderá que no está diciendo otra cosa. Lo sé. (Acaso no dijo: "La situación colonial fabrica colonizadores, de la misma forma que fabrica colonias...") Toda la diferencia entre nosotros surge quizá porque él ve una situación donde yo veo un sistema. Además, tal vez sea Memmi quién tiene razón al expresar sus ideas en su orden de descubrimiento, es decir, a partir de las intenciones humanas y relaciones sentidas, que garantizan la autenticidad de su experiencia. Él sufrió primero en sus relaciones con los demás y en sus relaciones con sí mismo; Se encontró con la estructura objetiva al estudiar a fondo la contradicción que estaba desgarrándolo y nos ofrece estructura y contradicción tal y como son, cruda y todavía impregnada de su subjetividad.

Dejémonos de regateo. El trabajo establece algunas verdades duras. En primer lugar, que no hay ni buenos ni malos colonos: Hay colonialistas. Entre estos, algunos rechazan su realidad objetiva.



Llevados por el aparato colonialista, hacen todos los días en la realidad lo que condenan en la fantasía, ya que todas sus acciones contribuyen al mantenimiento de la opresión.

Ellos no van a cambiar nada, y no servirán a nadie, pero sólo tendrán éxito en la búsqueda de consuelo moral en el malestar. Los demás, con mucho el mayor número, tarde o temprano se aceptarán a sí mismos.

Memmi ha descrito notablemente la secuencia de pasos que les lleva a "la auto absolución". El conservadurismo provoca la selección de hombres mediocres. ¿Cómo puede una élite de usurpadores, conscientes de su mediocridad, establecer sus privilegios? De un único modo: rebajando al colonizados para exaltarse a sí mismos, negando el título de la humanidad a los indígenas, y definirlos mediante la falta de cualidades animales, no humanos. Esto no es difícil de alcanzar, porque el sistema les priva de todo. La práctica colonialista ha grabado la idea colonialista en las cosas, es el movimiento de las cosas lo que designa a colonizador y colonizado. Así la opresión se justifica a través de la opresión: Los opresores producen y mantienen por la fuerza los males que hacen a los oprimidos, a los ojos de los colonialistas, cada vez más parecidos a lo que tendrían que ser como para merecer su suerte. El colonizador solo puede exonerarse a sí mismo en la búsqueda sistemática de la "deshumanización" de los colonizados al identificarse cada día un poco más con el aparato colonialista. El terror y la explotación deshumanizan y el explotador se autoriza a sí mismo, con dicha deshumanización, a llevar su explotación más allá. El motor del colonialismo se convierte en un círculo, es imposible distinguir entre su praxis y la necesidad objetiva. Momentos del colonialismo, a veces se condicionan mutuamente y a veces mezclan. La opresión significa, en primer lugar, el odio de los opresores hacia los oprimidos. Existe un solo límite a esta empresa de destructividad, y es el colonialismo en sí. Aquí el colonizador se encuentra en contradicción consigo mismo: "Si los colonizados desaparecieran, también desaparecería la colonización junto con el colonizador". No habría más subproletariado y no habría más sobreexplotación.

Las formas habituales de la explotación capitalista se reafirmarían, y los precios y los salarios estarían en línea con los de la Madre Patria. Esto significaría la ruina. El sistema sella simultáneamente la muerte y la multiplicación de sus víctimas. Toda transformación sería fatal para el sistema. Si los colonizados son asimilados o masacrados, el costo de mano de obra se incrementará. El motor oneroso se suspende entre la vida y la muerte, y siempre más cerca de la muerte los que están obligados a alimentarlo. Una ideología petrificada dedica su esfuerzo a considerar a seres humanos como animales que hablan. Pero lo hace en vano, porque los colonizadores deben reconocerlos primero, incluso para darles las más duras o la más insultante de las órdenes. Y puesto que los colonizadores no pueden supervisar constantemente a los colonizados, los colonizadores deben resolver a confiar en ellos. Nadie puede tratar a un hombre como a un perro sin antes reconocerlo como a un hombre. La deshumanización imposible de los oprimidos, la otra cara de la moneda, se convierte en la alienación de los opresores. Es el mismo opresor quien restaura, con el menor de sus gestos, la humanidad que busca destruir, y, puesto que niega la humanidad de los demás, los considera a todos como su enemigo. Para controlar esto, el colonizador debe asumir la rigidez opaca e impermeabilidad de la piedra. En resumen, debe deshumanizarse a sí mismo también.

Una reciprocidad implacable une al colonizador y al colonizado, su producto y su destino. Memmi ha registrado claramente esto. Con él, nos encontramos con que el sistema colonial es una forma en

movimiento, nacida a mediados del siglo pasado, que fabricará su propia destrucción. Durante mucho tiempo, el colonialismo le ha costado a la patria más de lo que le ha ganado. Francia es aplastada bajo el peso de Argelia, y ahora sabemos que vamos a abandonar la guerra, sin la victoria o la derrota, cuando seamos demasiado pobres como para pagar por ella. Es sobre todo la rigidez del aparato colonial que causa su degradación. Las viejas estructuras sociales se pulverizan, los nativos están "atomizados" y la sociedad colonial no puede integrarlos sin destruirse. Por lo tanto los colonizados deben redescubrir su unidad en la oposición a esa sociedad. Los seres humanos excluidos afirmarán su individualidad en la nacionalidad. El colonialismo crea el patriotismo de los colonizados. Mantenedos al nivel de una bestia por un sistema opresor, a los nativos no se les da ningún derecho, ni tan siquiera el derecho a vivir. Su condición empeora cada día. Y cuando un pueblo no tiene otra opción sino cómo va a morir, y cuando un pueblo ha recibido de sus opresores sólo el don de la desesperación, ¿qué tienes que perder? La desgracia de un pueblo se convertirá en su coraje, su determinación nacida de su rechazo sin fin por el colonialismo, el rechazo absoluto de la colonización. El secreto del proletariado, Marx dijo una vez, es que lleva en sí la destrucción de la sociedad burguesa. Debemos estar agradecidos a Memmi por recordarnos que el colonizado tiene igualmente su secreto, y que somos testigos de la infame lucha a muerte del colonialismo.

Jean-Paul  
PARIS,

Sartre  
1957